

mis carteles, y habia tambien llegado el dia de mi primera comparencia en la gran plaza del Vaticano. Recité pues muchas estancias en octava rima á modo de una oracion bien ordenada, cuyo asunto era pastoral, con alusion al gran desvelo con que apacentaba su Grey el Pastor universal que reynaba á la sazón. Parecíame haber compuesto una obra que sería recibida con el mayor aplauso; pero me engañé enormemente, porque fué muy desgraciada, y es que me consideraban como uno de tantos tunantes charlatanes, que van con la guitarra en la mano por las calles y las plazas cantando insulsísimas canciones. No concurrían á oirme mas que personas viles, y de la mas ínfima plebe, y aun estas, ó porque no las entendían, ó porque mis versos no les agradaban, ningun aplauso me hicieron ni con la boca, ni con la faltriquera. Tanto, que desesperado yo mismo fuí á hacer pedazos mis carteles, arrancándolos de donde estaban fixados, y mudando prontamente de posada, me fuí á esconder en una callejuela del otro lado del Tybre, donde una muger alquilaba quartos y camas á los forasteros á un precio muy moderado, resuelto á mantenerme solo y retirado, hasta pensar bien y maduramente lo que habia de hacer para vivir en adelante. No dexaba de conocer que el gran séquito que habia logrado en Parma era uno de aquellos engañosos golpes de la fortuna, que tal vez como que se divierte en mostrarse alegre

gre y risueña con algunos que no lo merecen, para burlarse despues de ellos, volviéndoles de repente las espaldas quando menos lo pensaban. Quedé bien persuadido á que era menester otro mucho mayor fondo de erudicion y de doctrina que el que yo tenia para merecer el concepto de gran Poeta, porque esta profesion no es tan facil como les parece á algunos, que solo saben juntar once ó siete sílabas en diferentes pies de verso, con sus consonantes tales quales. Así que, arrimé para siempre á un lado el pensamiento de versificar, y como desde el primer momento que me ví en Europa de vuelta de la América habia resuelto restituirme á mi patria para saber qué se habia hecho de mi madre, y de mi cruel padrastro, me determiné á poner en execucion este proyecto, ya que me hallaba todavía con bastante dinero para emprender aquel corto viaje.

CAPITULO XVII.

Enamórase la Señora Felipa de Isidoro, é Isidoro se enamora de ella. Hácela esta una muy pesada burla. Parte á Nápoles. Sucesos de esta Ciudad, y al cabo es recibido por Ayudante de un Abogado del Crimen.

Mientras tanto la dueña de la posada donde yo

yo me hallaba, aunque pasaba ya de quarenta años, se mostraba ciegameute enamorada de mí. Hacíame mil finezas, componíase extraordinariamente, y usaba de mil afeytes para parecer mas linda y mas graciosa á mis ojos. Quando yo me iba á acostar ella venía á mi quarto con el pretexto de saber si me ocurría alguna cosa, decíame mil cosillas, y en tono festivo se adelantaba tal vez á retozos poco indiferentes. En fin cedió mi flaqueza á los encantos de aquella Circe; y como yo solo pensaba dar gusto en todo á la Señora Felipa (que este era su nombre) ella mostraba corresponderme con particular ternura. Duró algunos meses nuestra amorosa correspondencia, sin desazon, disgusto, ni accidente, alguno que la interrumpiese, hasta que un día del mes de Enero, extraordinariamente rígido por la gran cantidad de nieve que habia caído, estando yo calentándome á la chimenea, comenzaron á llamar á nuestra puerta con mucha furia, y con terribles golpes. Salió apresurada Felipa á saber quién era el que llamaba con aquella prisa, y yo quedé aturdido quando un momento despues la ví volver corriendo hácia mí toda azorada, y oí que me decía: ¡amado Isidoro mio, gran desgracia para los dos! Etele aquí que ha llegado mi marido, á quien yo creía muerto. Ojala que mil demonios hubieran cargado con él. No sabe que yo me haya metido á posadera: es un hombre bestial, un diablo en carne humana; si te viera aquí,

¿quién

¿quién sabe lo que haria contigo y conmigo? Es menester que te escondas hasta que yo le informe de todo á mi modo. Vente conmigo, que yo te meteré en aquel pequeño patio que está á las espaldas de la escalera, donde estarás quietecito hasta que yo vaya á sacarte de allí, pues te juro sobre mi palabra, por el inmenso amor que te tengo, y por estas lágrimas que me ves derramar, que quanto antes acudiré á librate, y á ponerte en salvo. Mientras tanto proseguía con mayor esfuerzo el golpeo de la puerta, la pérfida hembra lloraba deshechamente, y yo neutral entre el miedo y el amor, no sabiendo qué hacerme, me dexé encerrar en el patio, que estaba á cielo descubierto. Nevaba á la sazón poderosamente, soplabá sin intermision un furioso cierzo, el empedernido hielo que tenia debaxo de los pies no me permitía dar un paso sin peligro de resbalar, y romperme las piernas y la cabeza, defendida unicamente con un viejo y miserable gorro de hilo. Yo comenzaba ya á garapiñarme, y daba diente con diente, de manera que daría compasion aun á los mismos tigres Hircanos. Pasaronse mas de dos horas sin que viese, ni sintiese á la Señora Felipa. Ya no sentia yo pies ni manos, y la nariz me parecia haberseme convertido en un pedazo de mármol. Quando ya no pude mas, comencé á pedir socorro, primero en voz baxa, y despues en alta voz; pero ninguno me oía, ó á lo menos fingian no oirme. Entónces prorrumpí en

mil

mil maldiciones contra mi amor, contra la Señora Felipa, y con ella contra todas las mugeres del mundo; pero todo esto era un desahogo inútil, ó por mejor decir perjudicial, porque solo sirvió para que aquella infame muger, alterada de véras, ó fingiéndose alterada, se asomase á una ventana juntamente con su marido, cuya cara parecia de un Antropófago, ó de un Lestrigon, y en una música descompasada me cantasen un duo, tratándome de ladronazo, y añadiendo en vez de recitado, que presto vendria el *Barigelo*, y haria que me llevasen á la carcel del Gobernador, donde á mi gusto podria calentarme. Yo la respondí llenándola de insolencias, y hubiera proseguido diciendola muchas mas, á no haberme amenazado su marido, ó acaso su rufian, con una voz becerril, y aberracada, que sino trataba de callar baxaria presto á hacerme respirar por el garguero. A este tiempo llegó el Señor *Barigelo*, es decir el capataz de los Alguaciles, acompañado de su honradísima gabilla, para sacarme de aquel infierno de hielo, y lo mejor que pudieron, me sacaron arrastrando del patio para llevarme á la carcel. Hacíanme caminar muy adelante de ellos, y para que lo hiciese mas aprisa, me aguijoneaban por las fundas posteriores con ciertos bastones altos y puntiagudos que llevaban en las manos. Ninguna escusa, ni justificacion mia era admitida, y sin duda me hubieran enviado por ladron al puerto de Hostia ó al de Ancona, para que enseñase á cami-

nar las galeras Pontificias, si los ladridos que daba la conciencia á la Señora Felipa, y el miedo de que se descubriese su detestable y diabolico urdimbre no la hubieran aconsejado que se escapase de Roma el dia siguiente á la noche de mi arresto, despues de haber vendido lo mejor que pudo los miserables muebles de su casa y trastos de la cocina. Quando la Justicia quiso exâminarla, y recibir su deposicion, no fue posible encontrarla, y habiéndose tomado la de sus vecinos, se vino en conocimiento de su fuga, de su perfidia, y por consiguiente tambien de mi inocencia. Así que, luego me dieron libertad, y salí de la carcel, pero reducido todo mi caudal á solos dos escudos, que por fortuna tenia en la faltriquera; lo demás de mi peculio, que tantos sudores y fatigas me habia costado, todo me lo habia chupado la Señora Felipa. Y ven ustedes aqui al pobre Isidoro reducido otra vez al infeliz estado de mendigo, sin saber qué rumbo tomar para vivir. Ahora sí, me decia yo irónicamente á mí mismo, que puedo hacer con toda comodidad el viage de Sicilia. ¿Pues qué? ¿aquellos dinerillos que yo tenia, fueron tan mal ganados, que mereciesen tener tan infeliz paradero? Y con esta reflexion exâminaba mi conciencia para ver qué culpa podia yo haber cometido, que provocase contra mí tan rigurosa ira del cielo. Inmediatamente aquel fidelísimo testigo de todas nuestras acciones, y mas ocultos pensamientos, comenzó á

despedazarme cruelmente el corazón con la memoria de la gran maldad que habia cometido en Génova, engañando aquella inocente doncellita, cuya honestidad sacrificué á los torpes deseos de aquel lascivo viejo, y poco digno Caballero: maldad que quizá estaba continuamente clamando por venganza, y habia empeñado la eterna Justicia á fulminar contra mí los mas severos castigos. Doliame vivísimamente de haber cometido un pecado tan enorme respecto de Dios, y una acción tan ruin y tan villana á los ojos de los hombres, sin dexar de ser tal por las violentas amenazas que me hicieron. Pero este mi arrepentimiento, que quizá no era muy legítimo, no hacia que se restituyese mi dinero, y por tanto, viendo que mi mal no tenia otro remedio, tomé el partido de llevar en paciencia mi desgracia, antes que abandonarme cobardemente á una vil desesperacion.

Partí pues de Roma el mismo dia en que salí de la cárcel, y (¿quién lo creyera?) el mismo *Barigelo* que me conduxo á ella fue el que mas se compadeció de mi trabajo; porque me dió uno de sus propios vestidos, para que dexase el que tenia acuestas. Tomé luego el camino de Nápoles, que hice á pie, para llegar con toda la posible parsimonia á Regio, donde creía que siempre habia ocasiones para pasar á Mecina con poquísimo gasto. Llegué sumamente cansado á aquella Ciudad: entréme en una Iglesia para sentarme y descansar un po-

poco, despues de haber hecho oracion. Cogíome el sueño, y me quedé dulcisísimamente dormido, hasta que el Guardian de la Iglesia, por ser ya muy tarde, me vino á despertar. Púseme inmediatamente en pie, y lo primero que hice fue meter la mano en mi faltriquera, para ver si estaba en ella el poco dinero que tenia, y era toda mi esperanza. ¡Pero ay de mí! una desgracia nunca viene sola. Hallé que todo me le habian robado mientras estaba dormido; díxelo al Guardian, el qual no me dió otro consuelo, sino responderme que era mia la culpa, pues ya debiera yo tener sabido que en el Reyno de Nápoles hay una grandísima cosecha de ladrones. En todas partes hay demasiados, le repliqué, ni yo tengo por mas indiscretos los de esta Ciudad que los de otras, sino precisamente porque en estas los ladrones que me robaban, siempre me dexaban alguna cosilla para poder vivir pobrementemente algunos dias; pero los de Nápoles me robaron á rapa terron, porque no me dexaron ni siquiera con que comprar un pan para cenar esta noche. Estas palabras, acompañadas de algunas lágrimas que se me desprendieron, movieron á compasion al Guardian, de manera, que despues de haberme mirado bien, y contemplado muy de espacio: no te aflijas, hijo mio (me dixo), que por esta noche no te morirás de hambre, y mañana Dios proveerá. Vente conmigo. Diciendo esto, cerró la Iglesia, y yo le seguí á una

casuca poco distante, donde vivia él solo. Entramos en la cocina, encendió un manojo, y arrimando cerca del fuego una rústica mesita, sin mas ceremonia puso sobre ella una fuente de barro con algunas viandas fiambres que habian sobrado del medio día. Siéntate y come (me dixo), y despues que hayas cobrado algunas fuerzas con lo poco que mi pobreza puede darte, cuéntame todas tus desgracias, porque quizá podré á lo menos en algo consolarte. Así pues, luego que acabé de cenar, le informé brevemente de todos mis sucesos, no reservandole ni la mas mínima circunstancia substancial de toda mi vida, particularmente desde que me metí á hacer el Astrólogo. Agradóle mucho mi sinceridad, pero mucho mas mi tal qual espíritu. Hora bien (me dixo despues que me estuvo oyendo con grandísima atención) yo no quiero que vuelvas á ver á tu madre hasta que hayas recobrado enteramente todo tu peculio. Espero colocarte, si tú quieres, con uno que en poco tiempo te hará ganar mucho dinero. Ofrecese ahora una buena ocasion con un sugeto, que eres tú como nacido para lo que él necesita, que es de un mozo de espíritu, de despejo, y suficientemente instruido. Grandemente me alegró esta cortés y generosa promesa que me hizo mi caritativo albergador, de manera, que habiéndome ido á acostar en la cama que me habia prevenido, aunque era bien desengañada, dormí toda la noche, como pudie-
ra

ra en la de un Emperador. Por la mañana antes de salir el sol, se levantó mi buen Guardian para ir á abrir su Iglesia. Pasóse por mi cama, y me dixo: quando sea hora de tercia, irás á buscarme; pero te encargo, hijo mio, que dexes bien cerrada la puerta de la casa. Levantéme poco despues que él se habia salido, y me picó la curiosidad de registrar todos los pocos quartos de que se componia la casuca, para ver si encontraba en ellos alguna cosa de precio que mereciese el apretado encargo que me habia hecho de que cerrase bien la puerta de la calle; pero en ninguno de ellos pude encontrar mas que unos pobrísimos trastos viejos, y tales, que ninguno querria tomarse el trabajo de cargar con ellos, aunque fuese públicamente, y á la luz del medio día. Sospeché entónces, que solo me habia hecho aquel encargo por la natural desconfianza que suele ser general en todos los hombres, quando llegan á una cierta edad, y en virtud de eso sin detenerme en mas exámen, solo pensé en esperar la hora oportuna en que debia ir á encontrarle en la Iglesia. Quando aquella se acercó, salí de casa, cerré muy bien cerrada la puerta, fuime derecho á la sacristía de dicho Templo, y habiéndole encontrado en ella: aqui me tiene usted (le dixé) á su disposicion. Espera un poco, me respondió, oye misa mientras tanto, y despues te llevaré á donde te tengo ofrecido. Hícelo todo puntualmente, y terminado el divino sacrificio, partimos ambos
jun-

juntos, conduciéndome él á una buena casa, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Entramos en una sala baxa, y desde ésta pasamos á otra, donde vi muchas personas que estaban hablando en voz sumisa, y por un cristal que servia como de mampara á la tercera, vi á un Señor de buen aspecto sentado á una mesa de estudio con otras dos ó tres personas, que estaban tambien sentadas delante de la mesa, y discurrían con él.

Mi conductor, despues de haber saludado á todos los que estaban en la segunda sala, pasó adelante, abrió francamente la mampara ó portezuela de cristal, entró sin reparo en la sala tercera, y vi que despues de haber dicho algunas palabras al oido de aquel Señor, se volvió á salir, y llegándose á mí, me dixo: Amigo, espera aqui un poco, que presto serás llamado: yo me vuelvo á mi Iglesia, donde irás á llevarme la respuesta de si has sido recibido al servicio de este buen patron. Partió pues, y yo me quedé en la antesala paseándome con otros, hasta que salió un criado, diciendo que entrase aquel mozo que habia venido con el Señor Tomás, que así se llamaba el Guardian. Obedecí prontamente, y quando me vi dentro, me hallé en un espacioso quarto lleno todo de grandes libros de á folio. Luego conocí, que aquella debia de ser la casa de algun Abogado, porque así era ni mas ni menos el quarto de mi padrastro en Palermo. Habiendo hecho á aquel

Se-

Señor una profunda reverencia, como convenia á uno que necesitaba de él, oí que me dixo: Amigo, tengo entendido, por lo que me habló el Señor Tomás, que tienes deseos de iniciarte en la noble profesion que exerzo, gracias á Dios, con mucho aplauso, y con no menor provecho. No necesito informarme de tu persona, ni de tu gente, porque habiendo venido por la mano de un hombre tan de bien, como el que te traxo á mi casa, no he menester mas informe. Tu traza me parece admirable, y no dudo que harás grandes progresos en la facultad, solo con que quieras aplicarte con atencion á lo que yo te iré enseñando mas con el exemplo que con las palabras. Sobre todo te encargo un inviolable profundísimo secreto: éste es el gran exe, sobre el qual gira todo nuestro empleo. Por ahora solo te ocuparás en copiarme algunos alegatos, haciendo tambien apuntamientos, y otras cosas que te ordenaré, conforme se vayan ofreciendo. Mientras tanto siéntate alli en la esquina de esta mesa, que era el lugar de tu predecesor, el qual, lejos de aprovecharse, abusó mucho de la fortuna que yo le iba fabricando.

CA-